

LAS BATALLAS DEL CANTAR DE MIO CID DESDE LA PERSPECTIVA DE LA HISTORIOGRAFÍA ÁRABE

Dolores OLIVER PÉREZ
Doctora en Filología Hispánica

CREEMOS que hasta el momento nadie ha conseguido explicar de manera convincente la parte bélica del *Cantar de Mio Cid* y que el motivo no es otro que el haber enfocado su análisis desde un ángulo erróneo, es decir, interpretando las palabras del juglar como si salieran de labios de un hombre con mentalidad occidental, sin pensar que perteneció a un complejo mundo donde muchas preguntas sólo encuentran respuesta al otro lado de las fronteras cristianas.

El convencimiento de que los relatos de batallas que aparecen en el *Poema* se asemejan en forma y contenido a otros que encontramos en fuentes árabes nos ha movido a presentar aquí una nueva visión, aquella que captamos cuando partimos de la hipótesis de hallarnos ante un *Cid* o *Señor* cuyas hazañas guerreras están siendo cantadas por un poeta o tradicionalista árabe¹.

¹ Las teorías que defendemos en este artículo se basan en el estudio sistemático de todos los conflictos armados que aparecen en las fuentes árabes y romances utilizadas en nuestra tesis doctoral (*La raíz árabe HRK y sus derivados romances: arrancar, arrear, arriar, derranchar, derrocar, derrengrar y otros*. En Prensa) que suman más de un centenar (cfr. *ob. cit.*, 24-31, 80-88). Para no extendernos demasiado, únicamente señalaremos aquí que en el mencionado *corpus* se han incluido todas las crónicas y obras del Mester de Juglaría y de Clerecía escritas antes del siglo xv y un alto número de fuentes andalusíes entre las que se cuentan las siguientes: «Ajbār Maʿmū'a», ed. y trad. por E. Lafuente Alcántara en *Ajbar Machmuā* (colección de tradiciones). *Crónica anónima del siglo xi*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1867 (citado Ajbār Maʿmū'a). —«Faṭḥu al-Andalus», ed. y trad. por Joaquín González, en *Fatho-l-Andaluṣi, Historia de la conquista de España, códice arábigo del siglo xii*. Argel, 1889. —IBN 'IDĀRĪ, *Kitāb al Bayān al mugrib fī ajbār al-Andalus wa-l-Magrib*, tex. árabe ed. y revisado por G. S. Colin y E. Lévi-Provençal, 2 vols. Leiden,

El dar a este trabajo el enfoque señalado puede sorprender a muchos pero tiene, para nosotros, fácil explicación. Tal y como demostraremos en un próximo artículo², los escritores de las escuelas alfonsíes no fueron capaces de entender los movimientos que ejecuta el Campcador en la *Toma de Alcocer*, a la vez que cometen gravísimos errores cuando describen tretas y batallas propias de la guerra a lo moro. Esto último, naturalmente, no sucede con los cronistas andalusíes que, al narrar luchas tribales o combates entre soberanos omeyas y rebeldes, muestran un claro dominio de la materia y, curiosamente, parecen hablar el mismo lenguaje que el juglar.

Si los historiadores castellanos del pasado y los eruditos del siglo xx no han comprendido muchos de los movimientos tácticos que realiza Rodrigo, y si los mismos no han ofrecido para nosotros ninguna dificultad, por haberlos visto plasmados en crónicas árabes, pensamos que la mejor forma de interpretar la parte bélica del *Cantar* es escuchar las palabras de su autor, imaginando que es uno de esos tradicionalistas andalusíes que transmitían oralmente las gestas guerreras de príncipes y rebeldes y que ensalzaban a sus héroes presentándoles como hombres dotados de extraordinaria inteligencia y valor, y con capacidad para idear y llevar a cabo ingeniosas y audaces estratagemas.

Brill, 1951 (citado *Bayān I y II*). III Parte del *Bayān al-Mugrib* por IBN IDARI, ed. Huici Miranda, Tetuán, 1963 (citado *Bayān III*). —IBN HAYYĀN, *Kitāb al-muqtabis* Tomo III, ed. por Melchor M. Antuña en *al-Muqtabis*, Tome troisième: *Cronique du règne du Calife umaiyade 'Abd Allāh à Cordoue*, Texte arabe, París, Geuthner, 1937 (citado *Muqtabis III*). —*Ibid.*, Tomo V, ed. por P. Chalmeta, F. Corricnte y M. Subh, Madrid, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1979. —IBN AL-JAIṬB, *Kitāb A'māl al-a'lām*. Parte II, ed. por Lévi-Pronveçal en *Histoire de l'Espagne musulmane extraite du Kitāb A'māl al-A'lām*, Rabat, 1934. —*Ibid.*, Parte III, ed. por A. M. AL-'ABBĀDĪ, Casablanca, 1964. —IBN AL-QŪṬIYYA, *Ta'rīj iftītāh al-Andalus*, ed. y trad. por J. Ribera en *Historia de la conquista de España de Abenalcotia el cordobés, seguida de fragmentos históricos de Abencotaiba*, etc., Madrid, 1926 (citado IBN AL-QŪṬIYYA). —AL-MAQQARĪ, *Nafh al-īb*, parte 1^a, ed. por R. Dozy en *Analectes sur la littérature des Arabes d'Espagne par al'Makkarī*, 2 vols. Leiden, 1855-61 (Reprod. Amsterdam), 1967 (citado *Analectes I y II*). —AL-NUWAYRĪ, *Nihāyat al-'arab fī funūn al adab*, ed. y trad. por M. Gaspar Remiro en *Historia de España y Africa por en-Nuguari*, 2 vols. Granada, 1917-19.

Asimismo queremos indicar que la mayor parte de las observaciones que aquí realizamos sobre el mundo de la guerra, pueden documentarse en nuestra tesis doctoral, donde ofrecemos más de trescientos textos de carácter bélico que han sido copiados de fuentes árabes (*ob. cit.*, pp. 140-194) y romances (*ibid.*, 530-600, 705-727). En lo que atañe a nuestras afirmaciones sobre los valores morales y sociales del mundo del Islam, que son defendidos por el Cid y sus hombres, véase nuestro artículo «El Cid, simbiosis de dos culturas», en *Castilla*, Boletín del Departamento de Literatura Española, de la Universidad de Valladolid, núms. 9-10, Valladolid, 1985, pp. 115-127.

² Nos referimos a «Una nueva interpretación de la batalla de Alcocer», artículo que será publicado próximamente.



Jura de Santa Gadea

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Lo primero que debemos tener en cuenta, antes de abordar el análisis de las batallas del *Cantar*, es que un intento de expurgar las crónicas árabes para encontrar combates idénticos va a resultar fallido, porque el Rodrigo de la gesta no sería conceptualizado como *héroe* si venciese al enemigo mediante el uso de tretas que otros utilizaron con anterioridad.

Todos esos jefes tribales y príncipes cuyos hechos de armas son cantados por cronistas y poetas efectúan algaras, conquistan fortalezas por medio de engaños, realizan salidas repentinas para romper el cerco al que han sido sometidos, arremeten contra tropas acampadas, fingen la huida para arrastrar al adversario a una celada y entablan lides campales, que concluyen con la persecución del vencido y el saqueo de su real, pero ningún campeón repite una misma añagaza ni copia aquellas que otros han ensayado. Las argucias que proyectan y los enfrentamientos en los que participan constan, eso sí, de una serie de movimientos por todos conocidos, pero que siempre combinan de manera distinta, ya que de otra forma no podrían sorprender al contrario ni mostrar su sagacidad.

El mayor atractivo de los combates que traen las crónicas andaluzas, y también el *Cantar*, es precisamente que todos suenan novedosos y a la vez familiares. Cuando hemos contemplado un alto número de enfrentamientos, empezamos a darnos cuenta de que los árabes conciben las batallas como estratagemas y que, ante cada situación particular, se dan reacciones muy variadas, lo que hará que sigamos con interés la narración intentando sucesivamente adivinar qué movimiento va a ensayar el campeón y cuál será la respuesta del adversario.

En resumen, lo que las fuentes árabes nos proporcionan no es una lista cerrada de conflictos armados, entre los cuales se cuentan los localizados en el *Cantar*, sino la capacidad de reconstruir las batallas del *Poema*, al reconocer los movimientos tácticos que en ellas se combinan, por haber formado parte de otros combates.

En segundo lugar creemos de interés adelantar que la lectura de obras del género denominado *ajbār*³, constituido por tradiciones orales, permite responder a los muchos eruditos que se preguntan si las batallas del *Cantar* reflejan hechos acaecidos o son creación literaria, y

³ Empleamos el término *ajbār* para designar no sólo las tradiciones orales que fueron escritas antes del siglo XI, sino también relatos de fecha posterior que presentan las mismas características. Dentro de estos últimos, hemos de destacar un alto número de narraciones de claro carácter épico que encontramos en el *Bayān III*.

también explicar el porqué el juglar *gasta 450 versos en contar la toma y abandono de dos pueblos insignificantes, Castejón y Alcocer y sólo dedica 15 al afanoso asedio de la gran ciudad de Valencia*⁴.

Los tradicionalistas andalusíes cuando narran las gestas guerreras de un príncipe o de un rebelde, tanto árabe como muladí, mezclan realidad y ficción y manejan las noticias de manera muy particular. Saben que para inmortalizar a un determinado personaje no es suficiente informar de sus conquistas o de las batallas ganadas. Consideran esencial ofrecer relatos reveladores de su inteligencia y bravura, que a la vez resulten atractivos y sean recordados por el pueblo, y ello les lleva a valerse de una serie de medios que serán igualmente utilizados por el autor del *Cantar*.

Uno de ellos consiste en no dedicar a los hechos de armas mayor o menor extensión, dependiendo de su importancia. Algunas veces hablan de sucesos trascendentales de manera escueta y abreviada, llegando incluso a resumirlos en dos o tres líneas; en otras, cuando desean captar la atención de la audiencia, describen una simple añagaza o una lid irrelevante con todo lujo de detalles, siendo también frecuente que centren su interés en una maniobra específica o en la conducta del adalid ante una situación difícil, así como en pormenores que dan un sesgo novelesístico al relato y que sirven para resaltar la personalidad humana y heroica del protagonista⁵. En consonancia con este tratamiento, hemos de destacar también la combinación de narraciones expuestas en dos estilos muy distintos. En un momento dado se expresan de forma cortada y lacónica y nos hacen creer que su deseo es únicamente transmitir una serie de datos y, de repente, nos encontramos con un lenguaje de intenso lirismo y de gran fuerza dramática que nos traslada a una nueva dimensión donde los personajes hablan y los escritores semejan situarse a su lado para compartir sus penas y alegrías⁶.

⁴ Véase *Cantar del Mio Cid. Texto, Gramática y Vocabulario*, cd. R. Menéndez Pidal 3 vols., Madrid, Gredos, 1911, vol. I, p. 72. En el presente trabajo aludimos a esta obra siempre que utilizamos la sigla CMC o hacemos referencias al texto del *Cantar* o del *Poema*, sin remitir a otra obra específica.

⁵ Como ejemplo de esos muchos párrafos que los cronistas intercalan, para subrayar la personalidad del protagonista, citaremos el relato de la «Sublevación del Arrabal» que trae el *Ajbār Maʿmūʿa* (pp. 130-31). Según su autor, en el momento en que la batalla es más encarnizada, al-Hakam I pide algalia y almizcle, derramándolos sobre su cabeza para perfumarse, y pronuncia las siguientes palabras, como respuesta a las preguntas de su paje que no entiende el comportamiento del príncipe. «*Este es un día en que debo prepararme para la muerte o la victoria y quiero que la cabeza de al-Hakam se distinga de la de aquellos que perezcan con él*».

⁶ La acción dialogada es muy frecuente en la épica castellana y en la historiografía árabe, no pudiendo decir lo mismo de la historiografía occidental.

Un segundo recurso reside en fundir historia y literatura, y en hacerlo de forma muy inteligente, tanto que nunca podemos asegurar si están reproduciendo un hecho acaecido o si hablan de algo que han inventado o que ha sucedido en otro tiempo y lugar.

Lo curioso de la narrativa árabe y que también es característico de la épica castellana (pero no de la francesa), es que, al ser tremendamente realista parece histórica. El cronista andalusí no narra cuentos fantásticos ni introduce en sus obras elementos míticos o fabulosos (a excepción de aquellos que forman parte de la tradición musulmana)⁷, pero tampoco se conforma con reproducir fielmente los datos reunidos. El gusta aumentar o disminuir el número de combatientes para dar mayor relevancia a una victoria, colorear y dramatizar situaciones concretas, introducir rumores y leyendas populares, silenciar todo aquello que considera conveniente y, sobre todo, sacar episodios de la vida real para trasladarlos a un nuevo escenario y atribuirlos a quien no le pertenecen. La finalidad que persigue y su propio temperamento le obligan a hablar de cosas que la audiencia o el lector van a admitir como veraces pero, de la misma forma, le impulsan a no desaprovechar la rica materia prima que le ofrece el mundo en el cual se halla inmerso.

En la verdadera historia de los árabes y, en particular, en la que concierne al elemento tribal y a sus guerras, abundan los hechos heroicos, los cuadros dramáticos, así como situaciones y comportamientos que para los occidentales resultan inauditos. La nobleza y el vulgo repiten con orgullo las hazañas de hombres vivos y muertos que han destacado por su genio militar, por su bravura, por su capacidad para ejecutar difícilísimos ejercicios ecuestres o para proyectar y llevar a cabo engaños inconcebibles. El historiador no necesita pensar mucho para convertir a su *Señor* o al personaje del que habla en un ser excepcional; lo único que tiene que hacer es fijar su mirada en la realidad existencial del pueblo árabe y fundir lo *vivable* con lo *vivido*.

Si bien ese curioso realismo de la narrativa árabe, nos impide trazar una línea que permita distinguir lo subjetivo de lo objetivo, no resulta difícil probar la presencia de manipulaciones cuando hacemos un estudio comparado de los relatos contenidos en los *ajbār*. Así vemos, por ejemplo, que si nos centramos en el ámbito de la guerra, objeto de este estudio, enseguida comprobamos que un determinado autor silencia una añagaza que otro se ha recreado en describir⁸, que se dan versiones muy

⁷ Nos referimos a hechos como predecir el futuro, hablar de agüeros o mencionar la aparición del arcángel San Gabriel, fáciles de documentar en obras del tipo *ajbār*.

⁸ Para documentar esta afirmación no tenemos más que hacer un estudio comparativo del contenido de dos conocidas obras que tratan el mismo período (desde la conquista

distintas de batallas importantes como puede ser la de Zalaca⁹, o que escritores conceptuados como fidedignos cuentan estratagemas diferentes, cuando hablan de la forma en la que un determinado príncipe o rebelde ha vencido a un adversario con los mismos nombres y apellidos¹⁰.

hasta la muerte de Abd al-Rahmān III): la de Ibn al-Qūtiyya y la denominada *Ajbār Maʿmūʿa*. Entre los innumerables ejemplos que nos proporcionan podemos destacar dos en particular: Ibn al-Qūtiyya, al hablar del período de al-Hakam I, da una importancia capital a la sublevación de Toledo y explica con todo detalle cómo fue sofocada en la llamada «Jornada del foso» (pp. 45-49), acontecimiento que no se menciona en el *Ajbār Maʿmūʿa*. Por su parte, el autor de esta última obra, cuando narra el reinado del mismo príncipe, dedica un amplio espacio al levantamiento de ʿYābīr b. Labid, (pp. 129-30) y a la derrota que sufre a manos de cuerpos especiales de caballería ligera, que se lanzan uno tras otro sobre el campamento del rebelde, suceso que es silenciado por Ibn al-Qūtiyya.

Sobre la historicidad del Cantar, véase A. UBIETO ARTETA, *El Cantar del Mio Cid y algunos problemas históricos*, Valencia 1973, pp. 187-88. —R. DOZY, *Recherches sur l'histoire et la Littérature de l'Espagne*, 2 vols. Leiden, Brill, 1881, vol. 2 pp. 77-78. ÁLVARO GALMÉS DE FUENTES, *Epica árabe y épica castellana*, Barcelona, 1977, pp. 153-55. AMÉRICO CASTRO, *La Realidad Histórica de España*, 5ª ed., Méjico, 1973, p. 234.

⁹ Comparar la versión que trae el llamado *Bayān III* (p. 196) con la que encontramos en al-Maqqarī (*Analectes II*, 680 y 684-85), tomada de Ibn Jallikān. En la primera se dice que Alfonso ataca por sorpresa el campamento de Ibn ʿAbbad y que Yūsuf b. Tāsufīn, al ser informado, se arroja sobre el campamento cristiano prendiéndole fuego para luego caer sobre la zaga de Alfonso y acometer por la espalda a los que están luchando contra Ibn ʿAbbad. En la de Ibn Jallikān, se empieza señalando que Yūsuf cruza el estrecho con un ejército de camellos, y que éstos provocarán un tremendo desorden en las filas cristianas, al ser animales desconocidos en la Península (680), para más tarde, describir la pelea que tiene lugar en el campamento de Alfonso, donde los cristianos efectúan sin éxito sucesivas cargas para recuperarlo, siendo finalmente puestos en fuga (p. 685).

¹⁰ Como ejemplo de este tipo de manipulación ofreceremos aquí un resumen de dos distintas versiones de la victoria obtenida por el primer soberano Omeya sobre el rebelde al-ʿAlā, personaje que se alza en nombre de los ʿAbbasíes. Según Ibn al-Qūtiyya (pp. 33-34), ʿAbd al-Rahmān, se encuentra cercado en Carmona y al ver que sus sitiadores, cansados del bloqueo, empiezan a dispersarse decide efectuar una rápida e inesperada salida. Él y setecientos jinetes dotados de hombría y valor encienden una hoguera, arrojan en ella las vainas de sus espadas y con los sables desnudos se lanzan sobre el campamento de los sitiadores, donde entran con violencia y pelean con bravura hasta conseguir matar al insurrecto y provocar la desbandada de sus hombres. Después embalsaman la cabeza de al-ʿAlā con sal y alcanfor y, tras meterla en un cesto con la credencial y el estandarte ʿabbasí, se la entregan a un peregrino cordobés que la deposita en la Meca frente a la tienda real, hecho que desconcertará al califa y le hará exclamar: *alabado sea Dios que ha puesto el mar entre un enemigo como este hombre y yo*. El tradicionalista del *Ajbār Maʿmūʿa* (pp. 102-3) cuenta algo muy distinto. El príncipe, al ser informado de que los rebeldes se dirigen a Carmona, camina durante la noche y divide sus tropas en dos grupos: uno, al mando de Badr, levanta el campamento frente a la puerta del castillo mientras él se sitúa con el segundo a espaldas de la fortaleza. Cuando los insurrectos aparecen y divisan la tienda de Badr, se sienten sorprendidos y empiezan a desorganizarse, momento que aprovecha el Omeya para arrojarlos sobre

Naturalmente, lo que a nosotros nos interesa, no es recordar que se considera característica del *ajbār* el ofrecer varias versiones de un suceso específico sino lo que ello supone. Es posible que una sea fiel reflejo de hechos acaecidos, pero la presencia de las restantes está claramente delatando que el tradicionalista árabe, al igual que el juglar, no sienten reparos en sustituir un tipo de combate por otro, cuando piensa puede producir un mayor impacto en la audiencia.

Lo que en estas páginas deseamos resaltar es, que el tratamiento que dan los cronistas andalusíes a una parte de los relatos bélicos es el mismo que creemos percibir en el *Cantar*. El juglar también habla de cosas que ha visto o que sabe han podido suceder y tiene un arte especial para hacer sentir a la audiencia que las acciones del Cid reflejan hechos históricos. Prueba de ello es que los escritores alfonsíes repitieron sus palabras pensándolas verídicas y ha sido necesario esperar al siglo xx y a la puesta en marcha de serias investigaciones y de trabajos comparados, para descubrir que una parte de las batallas del *Cantar*, nunca se celebraron y que otras, presentan características diferentes a las señaladas por su autor o no se narran en el orden cronológico que les corresponde, particularidad, esta última, que también ha de considerarse propia de la historiografía árabe¹¹.

Un tercer y último punto que deseamos tratar concierne a los conflictos armados que se dieron en el Islam, porque ello puede servir para contestar a dos nuevas interrogantes. ¿Por qué el juglar utiliza los términos *batalla* y *lid* como sinónimos, sin atenerse a la distinción que establecen las *Partidas*? y, ¿debemos seguir afirmando que comete un descuido en el verso 1333: «*e fizo cinco batallas campales*»? o, ¿es preferible creer que son los estudiosos del *Cantar* los que yerran al contabilizar cuatro¹² y que el discutido verso tiene la función de dejar claro que la *Toma de Alcocer* no es una simple tretra sino una auténtica e importante batalla?

ellos y derrotarles con gran mortandad. A continuación los vencedores reunirán siete mil cabezas y habiendo separado la de al-'Alà y de otros conocidos personajes, escriben los nombres en pergaminos que cuelgan de sus orejas y encargan que se lleven a Ifriqiya y se arrojen en la plaza por la noche. Al amanecer serán descubiertas por sus habitantes junto con un papel donde se refiere lo sucedido, relato que empezará a correr de boca en boca hasta llegar a oídos del califa. A nuestro entender, estamos ante dos versiones de un hecho histórico (la derrota del insurrecto al-'Alà, aliado de los 'abbasíes), redactadas con una finalidad: ensalzar al príncipe omeya y hacer ver a los rebeldes que deben cesar en su postura porque ni siquiera los más poderosos pueden derrocar a 'Abd al-Rahmān I.

¹¹ Comparar los relatos de Ibn al-Qūtiyya (pp. 29-38) y del *Ajbār Maʿmū'a* (pp. 91-120) que corresponden al reinado de 'Abd al-Rahmān I.

¹² Cfr. *CMC II*, 733; *III*, 1073.

En la etapa medieval, los árabes, a diferencia de los cristianos, no dan un nombre distinto a los combates que se ajustan al arte militar clásico (*batalla*) o a la técnica musulmana (*lid*)¹³, debido a que no entienden otra forma de luchar que no sea la suya. Ahora bien, lo que sí gustan, es poner de relieve la existencia de dos maneras de conseguir botín, objetivo prioritario de prácticamente todas sus guerras: una es sin dar la cara, otra, peleando.

Cuando su propósito es producir daños al contrario y apoderarse de sus bienes con un mínimo de riesgo, llevan a cabo, por un lado, las llamadas *algaras*, *correrías* o *cabalgadas*¹⁴, por otro, una serie de ataques repentinos que presentan características muy distintas aunque en todos juega un papel importante el factor sorpresa y la velocidad, así como el hecho de que los agredidos se encuentren desarmados o que su número permita fácilmente masacrarlos.

En las primeras, penetran de improviso y a todo galope por tierras enemigas para destruir y robar *todo lo que hallaren*; en los segundos, actúan de muy variados modos. Es muy común que caminen por la noche y se escondan ante un castillo o incluso frente a una importante ciudad¹⁵ y que, al amanecer, cuando abren las puertas y sus habitantes salen para cultivar sus campos o alimentar al ganado, se precipiten sobre ellos matándoles y tomando cuanto traen consigo. En otras ocasiones, entran a todo galope en un poblado para abandonarlo poco después *sanos* y *salvos* y cargados de riqueza¹⁶, siendo también frecuente que les

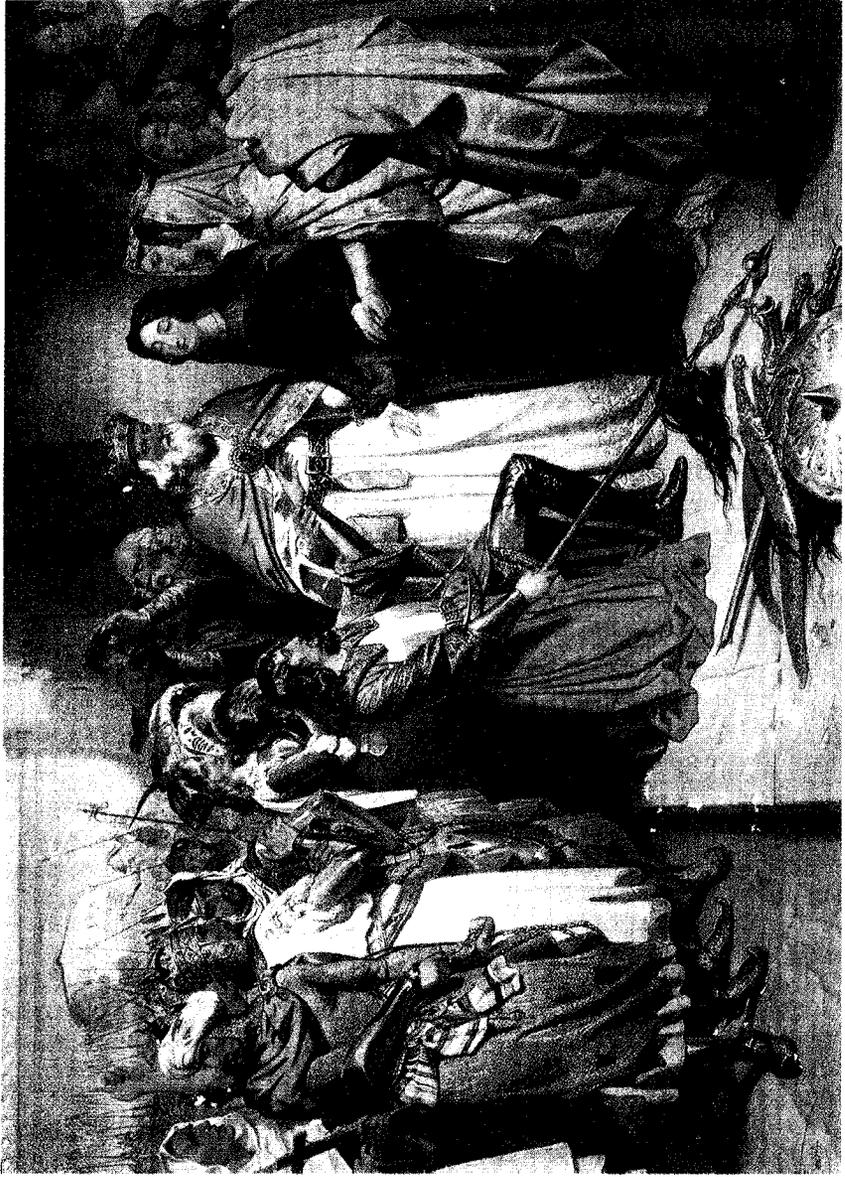
¹³ Sobre las dos técnicas de combate véase IBN JALDŪN «Prolegómenos», en *Prolégomenes d'Ebn-Khaldoun, texte arabe publié d'après les manuscrits de la bibliothèque impériale*, par M. Quatremère, 3 vols. París, 1857, vol. II, pp. 65-73; DON JUAN MANUEL: *El Libro de los Estados* (ed. J. Castro Calvo, Barcelona, 1968), pp. 117-31; *Partidas II*, 23^o, 7^a-30^a

¹⁴ Los cronistas árabes utilizan con frecuencia el término *al-gāra* y su plural *al-gārā*, cuando describen el mismo tipo de incursión que en romance fue definido por medio de las voces *algara*, *corredura* y *cabalgada*. Sobre estos tres vocablos véase *Partidas II*, 22^o, 1^a, 23^o, 29^a. Sobre la forma de pelear de los árabes, véase también la *Crónica de Alfonso XI*, en Biblioteca de Autores Españoles, vol. 66, Madrid, 1953, p. 344a.

¹⁵ Ibn Hayyān gusta señalar que 'Umar b. Hafsūn se atrevía incluso a esconderse frente a la capital, y al amanecer se lanzaba sobre los habitantes que salían de Córdoba a cuidar sus campos (Cfr. *Muqtabis III*, 92). Este tipo de actuaciones por parte del famoso rebelde (que recuerdan a la de la «Toma de Castejón»), también se documentan en el *Ajbār Maṣmū'a*, p. 151.

¹⁶ Los cronistas árabes cuando relatan ataques repentinos gustan recordar que los musulmanes vuelven con botín (*gānīmīna*) y sanos y salvos (*sālīmīna*).

Una de las voces romances que se usaron como representativas de un ataque repentino a un pequeño poblado es *rebato*, derivada del árabe *ribāt*. Sobre los significados de este nombre véase Jaime OLIVER ASIN, *Origen árabe de rebato, arroba y sus homónimos*, Madrid, 1928, pp. 7-9, 28-29.



Reconciliación entre Rodrigo y Jimena

contemplemos lanzándose sobre otras muchas presas como: la impedimenta de una columna en marcha, hombres acampados que parten con una yeguada en busca de forraje o agua, un pequeño grupo de guerreros que vuelve con botín o que huye de sus perseguidores.

Cuando los árabes quieren obtener un mayor poder y ganancia, se ven obligados a emprender una acción de guerra mucho más peligrosa y que no es exactamente lo que en *Las Partidas* se llama *lid*, o *batalla*¹⁷, aunque sí se asemeja a lo que el juglar entiende a través de dichos nombres. Para los moros es fundamental aniquilar al enemigo y sufrir el menor número posible de pérdidas y ésto les lleva a equiparar una batalla con un ardid de guerra y a considerar que la pelea en el campo es sólo una parte de un conflicto de mayores dimensiones.

Si bien somos conscientes de la imposibilidad de detenernos en los diversos modelos de enfrentamientos que encontramos en las fuentes andalusíes, ya que ello obligaría a explicar infinidad de maniobras y cómo se combinan dependiendo de las circunstancias, sí estimamos necesario, efectuar algunas observaciones sobre las principales partes en que se divide el tipo de conflicto armado que aquí nos ocupa, al estar ante algo que no ha sido resaltado con anterioridad, y que resulta fundamental para comprender las *lides campales* del *Cantar*.

Una batalla al estilo árabe puede comenzar de muy diversas maneras (con una huida fingida, una salida repentina de una fortaleza o celada, o con la preparación de alguna trampa que ayude a iniciarla con ventaja) pero su núcleo siempre reside en la lucha cuerpo a cuerpo y tiene como epílogo el robo del campo.

Si nos centramos en el punto principal: el combate de los dos contendientes, vemos que los moros no pelean ateniéndose al arte militar clásico, sino de una manera muy peculiar que es expuesta con toda amplitud en fuentes musulmanas y cristianas.

Los árabes y beréberes no *paran haces* ni avanzan *ayuntados* y *sosegadamente* hasta llegar cerca de las filas enemigas, ni se batan con orden. Ellos forman tropes o compañías¹⁸ y si el adversario es un ejército que aparece en perfecta formación, se lanzan desde lejos y a toda velocidad

¹⁷ En las *Partidas*, II, 23^o, 27^a, se aplican respectivamente estos dos nombres a dos maneras de pelear con el enemigo *en campo*, la que se basa en el arte militar clásico, es decir, mediante la formación de haces y la que sigue la técnica musulmana y en la que cada uno hace su poder. En la mencionada ley en ningún momento se señala que bajo dichos términos se incluya la persecución aunque más tarde (II, 26^o, 13^a), al exponerse las leyes relativas al botín, se sugiere que después de una *lid* suele darse un *alcance* y la vuelta al campo para tomar y repartir el botín. Véase también II, 26^o, 2^a y 3^a

¹⁸ Sobre el tropel o compañía véase *Partidas* II, 23^o, 16^a y 26^a

para entrar por sus filas *matando y derrocando*, siendo también común que las atraviesen para tornar y tomarles las espaldas, mientras sus compañeros les atacan *de frente y de travieso* e intentan entre todos sembrar la confusión. Particularidad de la técnica árabe es pelear con violencia, rapidez y desorden, practicar el *torna-fuye*, es decir, atacar, huir y volver a atacar¹⁹, batirse *uno por otro y haciendo cada uno su poder* y, sobre todo, el dividirse en dos o más grupos que combinan sus movimientos y actúan tanto conjuntamente como por separado²⁰. Cuando una mesnada se encuentra en apuros, una segunda acude en su ayuda; cuando la batalla está nivelada, aparece un tropel que acomete por sorpresa e inclina la balanza a su favor; cuando un pelotón protagoniza la desbandada, otro corre para atacar a sus perseguidores.

Esta lucha en el campo no suele concluir con la muerte o rendición del *vencido*. Lo normal es que, en un momento dado, aquellos que se sienten inferiores o que pierden la esperanza de ganar, salgan a todo galope y emprendan una carrera desenfrenada, cuyo propósito no es sólo salvar sus vidas sino también, poder más tarde reiniciar la pelea y recobrar los bienes perdidos. Naturalmente, los vencedores se lanzarán tras ellos, en este caso, para impedir que se rehagan y les arrebaten lo que con tanto sufrimiento han logrado. La victoria obtenida en el campo se consume en una carrera a lo largo de la cual los perseguidores irán golpeando y matando, a la vez que intentarán conducir a los fugitivos, como si fueran ganando, y obligarles a tomar una determinada dirección, sucediendo, a veces, que al final del alcance les arrojen a un río o al fondo de un barranco, o bien, les lleven al encuentro de tropas de refresco que les asaltan de improviso y ayudan a su completo aniquilamiento.

La última fase es el retorno al lugar donde se ha celebrado la lid para realizar el saqueo y dividirse el botín. Primero recorren el campo para matar o tomar prisioneros a los supervivientes, y recoger sus caballos y armas; a continuación, se apoderan de las pertenencias que han quedado en el real o fortaleza del adversario y, finalmente, hacen el reparto, ateniéndose a las leyes musulmanas.

¹⁹ Sobre la técnica del *torna-fuye*, véase J. OLIVER ASÍN, *ob. cit.*, pp. 29-34 y DON JUAN MANUEL, *ob. cit.*, p. 128.

²⁰ No compartimos la tesis enunciada por A. UBIEIO ARTETA (*ob. cit.*, pp. 56, 188-89) de que la táctica del Cid de dividir a sus huestes en dos grupos no es utilizada por los ejércitos musulmanes antes del siglo XII, tesis que fundamenta en el estudio de las grandes batallas de la Reconquista, sin tener en cuenta que los musulmanes combinan generalmente los movimientos de dos o más grupos en lides de menor envergadura. Dado que son muchos los ejemplos que ofrecen las fuentes árabes únicamente señalaremos que en el *Muqtabis III* (pp. 56-57, 60-61, 69, 136, 140), se narran tretas y batallas de finales del siglo IX, que presentan las características mencionadas.

Estas tres partes que acabamos de describir y sobre las que volveremos al hablar del *Cantar*, han de considerarse propias de una *lid al estilo moro*, y se dan no sólo en cientos de enfrentamientos que protagoniza el elemento tribal sino también en batallas de importancia capital como pueden ser las de Zalaca y Alarcos²¹.

Queremos terminar señalando que no debemos esperar que los cronistas describan las tres fases indicadas siempre que narren una batalla. El tratamiento particular que dan a la historia les mueve a no relatar *todos* los combates de manera íntegra y a no repetir los mismos detalles. Es precisamente el análisis de aquellos fragmentos que nos dan a conocer múltiples pormenores de la pelea en el campo, la persecución o la toma de botín, lo que hace que, a partir de un momento dado, empecemos a rellenar lagunas y asociar una simple frase²² con acciones que han sido expuestas ampliamente en otros lugares; y sobre todo, a preguntarnos qué actuaciones específicas se han dado en un determinado conflicto, hecho que confiere al relato un cierto encanto al ser nuestra imaginación la que puede elegir las que considera más atractivas.

INTERPRETACIÓN DE LAS BATALLAS DEL CANTAR

Al examinar la parte bélica del *Cantar*, enseguida percibimos que el deseo de su autor no es informar de los hechos de armas que el protagonista ha llevado a cabo, sino mostrar que Rodrigo y sus hombres dominan esa forma de lucha, propia del Islam, que los cristianos tanto temían y admiraban.

El sabe, al igual que lo sabía don Juan Manuel y el rey Alfonso X, que los moros eran considerados maestros en el arte de la guerra y que muy pocos hispanogodos lograban conservar la vida cuando, para mostrar su valor, osaban pelear con ellos *uno por otro* o perseguirles. Si exami-

²¹ Cfr. *Bayān III* (pp. 194-195) donde aparece una bella descripción de la batalla de Alarcos, en la que se destaca la persecución y se dedica un amplio espacio al robo del botín (cfr. p. 195, 11, ss). Sobre la de Zalaca, véase en al-Maqqarī, *Analectes II*, p. 685, el final de la versión atribuida de Ibn Jalliḳān.

²² Como ejemplo podemos citar una locución que se repite con mucha frecuencia y cuya traducción literal sería «les pusieron en fuga y se lanzaron tras ellos golpeándoles las espaldas», la cual ha de asociarse con una carrera, la llamada *alcance*, que puede presentar características muy variadas.

namos con detenimiento las observaciones que hace don Juan Manuel en su *Libro de los Estados*²³ o las muchas leyes que se promulgaron para evitar que los antiguos habitantes abandonaran las prácticas de sus antepasados²⁴, pronto comprendemos que en la época del Cid, no podía concebirse a un héroe que no poseyera la destreza y astucia de los moros y que no fuera capaz de llevar a cabo con éxito todas esas acciones de guerra que estaban vedadas a la mayoría de los cristianos.

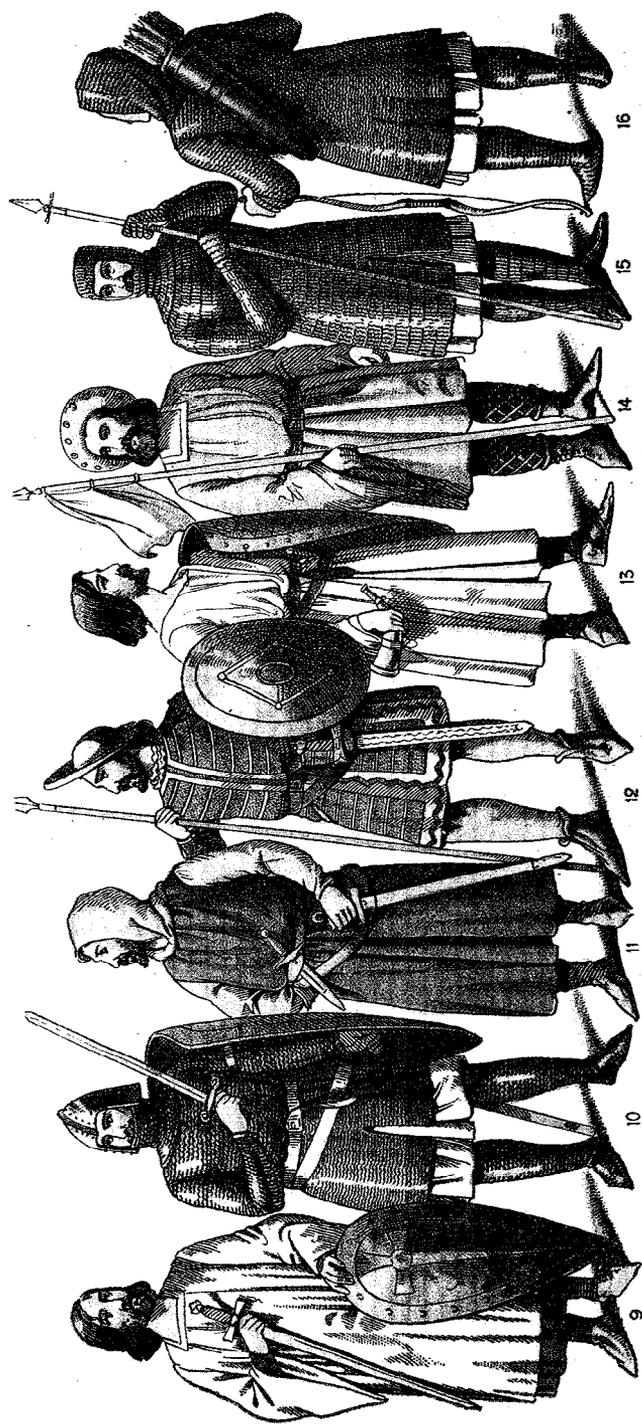
El autor del *Cantar*, para engrandecer a su *Señor* y al grupo que le apoya, tiene que hacerles pelear según el arte militar musulmán y presentarles participando en los diferentes tipos de conflictos armados que se dieron en el mundo islámico, y por ello se preocupa de mostrar que Rodrigo y sus hombres saben ejecutar algaras y conquistar fortalezas o grandes ciudades sin sufrir pérdidas, y, sobre todo, que poseen el valor y la habilidad requerida para entablar y salir victoriosos de la acción de guerra que se consideraba más importante y difícil: *la lid campal*.

Para conseguir su objetivo, además de incluir en su obra la descripción de siete batallas campales, va a utilizar los mismos recursos que los tradicionalistas árabes. Por un lado, no tiene reparos en entrelazar vitalmente al personaje histórico y al literario y en elaborar preciosas batallas con el material que encuentra en el mundo guerrero que le rodea; por otro, no relata todas las batallas desde el principio hasta el final, sino que se detiene a subrayar, dentro de cada una, determinadas partes, de modo que la audiencia vaya paulatinamente comprendiendo que el paladín castellano superaba a los sarracenos en todo aquello donde se suponía eran maestros.

En la *Toma de Alcocer* resalta la destreza de Rodrigo como jinete y su inteligencia, al ser capaz de proyectar una argucia que le permite liquidar a todos los enemigos en el mismo campo de batalla. En la que tiene lugar para defender la mencionada fortaleza pondrá de manifiesto que el *héroe* sabe cómo vencer a un ejército preparado para combatir según el arte militar clásico. En su enfrentamiento con el conde Remont, nos hace ver de nuevo que estamos ante un hombre tremendamente astuto, al obligarnos a fijar la mirada en una treta cuya finalidad es mermar el *gran poder de los francos* e iniciar una batalla desigual con ventaja. En la de *Villanueva*, da a conocer que es experto en la técnica del alcance; en las restantes, nos hará sentir que también es un consumado guerrero en la lucha cuerpo a cuerpo y en el arte de combinar los movimientos

²³ DON JUAN MANUEL: *ob. cit.*, pp. 120, 122-25, 128, 131. Véase también *Primera Crónica General*, ed. R. Menéndez Pidal, II, p. 700b.

²⁴ Véase nuestra tesis doctoral, vol. II, pp. 700-703.



Trajes y armas de la Edad Media: 9. Siervo cetrato; 10. Cetrato feudatario (siglo XII); 11. Espatario; 12. Siervo lancero; 13. Siervo anubdatior; 14. Portainsignia; 15. Lancero feudatario; 16. Saetero.

de dos grupos para conseguir que el enemigo abandone el campo y poder así lanzarse en su persecución.

Si hasta aquí hemos intentado ofrecer una visión de conjunto de lo que nos sugiere la lectura de la parte bélica del *Cantar*, pasaremos ahora a examinar por separado los sucesivos conflictos armados, de modo que sea posible probar nuestros anteriores razonamientos. Para conseguir dicho objetivo, hemos creído conveniente acompañar al Cid desde su salida de Castilla e ir comentando sus actuaciones sin olvidarnos de destacar detalles que el juglar no ha señalado por ser harto conocidos, aunque, de la misma forma, respetaremos su deseo de silenciar partes de una batalla, para no distraer la atención del oyente sobre comportamientos o maniobras que revelan la astucia y valor del héroe y de su grupo.

SALIDA DEL CID DE CASTILLA

El Cid abandona el monasterio de San Pedro de Cardena y se dirige a tierra de moros convencido de que gracias a su valía puede labrarse en ella el futuro que se merece (v. 303). El sabe muy bien que en el mundo del Islam, la nobleza y el poder se adquieren con el propio esfuerzo y que es en *esas tierras extrañas* donde un guerrero valiente puede llegar incluso a convertirse en soberano de un reino, y le atrae la idea de intentar tan ambiciosa empresa.

Cabalga lleno de ilusiones a la vez que repasa mentalmente las páginas de la historia árabe para asegurarse de no dar ningún paso en falso en ese arduo camino que ya recorrieron prestigiosos jefes de tribu. Lo primero es contar con un grupo de hombres bravos y diestros en la guerra y utilizar la inteligencia para salir victorioso de los sucesivos enfrentamientos porque, entonces, a medida que se extienda su fama, crecerá su propio *clan* y, con ello, su fuerza y capacidad para ir paulatinamente acometiendo tareas más difíciles²⁵.

Al anochecer cruza la frontera (vv. 423, 425) y caminan hasta que amanece, momento en que acampan en mitad de una montaña (v. 427)

²⁵ El verso 296: *quel creçe conpañã, por que más valdrã* (pronunciado tras señalar la llegada de guerreros a Cardena para unirse al desterrado), recoge una idea que se repite en textos que tratan de beduinos: la de que la valía de un «Cid» se mide por el número de adeptos que consigue, ya que una tribu se hace más fuerte y poderosa a medida que aumentan sus miembros.

para no ser descubiertos. Allí Rodrigo explica a sus hombres el porqué deben aprovechar la oscuridad para moverse (vv. 429, 432) y, al caer la tarde, se ponen de nuevo en marcha, avanzando esta vez hasta llegar a Castejón (v. 435) donde va a tener lugar su bautizo de fuego.

LA TOMA DE CASTEJÓN Y LAS PRIMERAS ALGARAS

El juglar, al relatar los primeros hechos de armas que protagonizan las tropas del Campeador, se propone alcanzar un doble objetivo. Por un lado mostrar que son hombres valientes y peritos en la ejecución de algaras y ataques repentinos, es decir, de acciones de guerra de segundo orden; por otro, poner de relieve su sagacidad y prudencia al no intentar una operación de gran envergadura sin antes probar sus fuerzas y descubrir hasta qué punto están preparados para medirse con un enemigo que se dice muy peligroso.

También tenemos que destacar que en este relato el juglar empieza a mostrarnos que las relaciones entre estos *castellanos* no son las que se dan entre un noble y sus vasallos, sino entre un Cid *señor* y los miembros de su tribu. Tanto aquí como en las siguientes narraciones, toman las decisiones de manera democrática y en sus comportamientos traslucen esa solidaridad que en árabe se llamó *aşabiyya* la cual une a los hombres mediante lazos más fuertes que la sangre, y les lleva a sentir como suyas las penas y alegrías de sus contribulos²⁶.

Las tropas del Campeador, siguiendo el consejo de Alvar Fáñez (v. 438), se dividen en dos grupos. Doscientos hombres parten en algará para conseguir botín (v. 442) mientras los cien restantes, al mando de Rodrigo, permanecen escondidos frente al castillo, a la espera de acontecimientos (vv. 440, 449). Si de dicha fortaleza sale un tropel de jinetes para atacar a los que están robando las tierras vecinas, los que *han quedado en la zaga*, desempeñarán el papel que, como tales, les corresponde: el de proteger a sus compañeros e impedir que caigan por sorpresa sobre ellos. Si son otros los que intentan quitarles las ganancias, también han previsto acudir en su ayuda (vv. 451-52). Existen más alternativas²⁷. Una de ellas es que los de Castejón desconozcan la existencia

²⁶ Como ejemplo significativo podemos citar los versos 2942-43: *quomo nos han abiltados ifantes de Carrión / mal majaron sus fijas del Cid Campeador*: reveladores de que los hombres del Cid sienten como suya la afrenta que han sufrido las hijas de su «Señor».

²⁷ En las fuentes árabes se repite con frecuencia este tipo de añagaza, pudiendo señalar que, además de las posibilidades indicadas, existe otra, la de que los habitantes de la fortaleza sospechen la presencia de emboscados y salgan con el propósito de sorpren-

de algareros o que sabiéndolo, decidan no actuar, en cuyo caso, los que *están en la celada* podrán sorprenderles al amanecer cuando abran las puertas y salgan a cuidar sus campos y a conducir el ganado al pasto (vv. 459-61, 466).

Esto último es lo que sucede. Al romper el alba, los emboscados observan el comportamiento de sus habitantes y cuando se sienten seguros de que es el habitual y de que nadie parece sospechar su presencia, van a poner en práctica el llamado *rebato*. Unos siguen al Campeador y se lanzan a toda velocidad hacia las puertas del castillo (vv. 467-70), otros, se arrojan sobre las gentes que están diseminadas, matando a los hombres y cogiendo mujeres, animales y todo cuanto pueden cargar (vv. 465-66, 474)²⁸.

Esta primera victoria tiene una importancia capital. Los *castellanos* han conseguido con las algaras y la toma de la fortaleza, un valioso botín, lo que aumenta su poder, pero sobre todo, han demostrado poseer más valor y astucia de lo que cabría esperar. Los oyentes sienten ahora que el Campeador y sus hombres están ya preparados para medirse con los moros en una batalla campal y el juglar va a insinuarles que sus pensamientos son compartidos por los protagonistas. Al terminar el relato de Castejón, pone en labios de Minaya los siguientes versos reveladores de que *la lid en campo* es ahora la aspiración de estos hombres, a pesar de conocer las consecuencias que derivan de una lucha cuerpo con árabes.

A Dios le prometo a aquel que esta en alto
 fasta que yo me pague sobre mio buen cauallo
lidiando con moros en el campo
 que empleye la lança et al espada meta mano
e por el codo ayuso la sangre destellando.
 Ante Ruy Diez el lidiador contado (CMC II, 497 ss.).

derles. No la incluimos aquí por considerar que no ha pasado por la mente del autor, ya que hemos de suponer que el *héroe* es suficientemente astuto como para no hacer ningún movimiento que delate su presencia.

²⁸ Colin SMITH en *Two literary sources in the «Poema del Cid»* (BHS, LII [1975], pp. 109-122) sugiere que la fuente del relato de la toma de Castejón debe buscarse en el de la toma de Capsa por Mario, contenido en el *Bellum Iugurthinum* de Salustio, aunque admite que el contexto es distinto, no señalando en ningún momento que estamos ante un tipo de celada del que se ofrecen innumerables ejemplos en las fuentes árabes.

Sobre la presencia en la mencionada obra de Salustio, de pasajes donde el que fue gobernador de Mauritania compara la técnica clásica con la de los nómadas, y habla del desconcierto de los romanos ante la forma de luchar de los africanos, véase J. OLIVER ASÍN, *ob. cit.*, pp. 32-35.

LA TOMA DE ALCOCER

La toma de Alcocer es un precioso y cuidado relato en el que el juglar utiliza toda su sabiduría bélica y despliega su potente imaginación. El siente que la audiencia está ansiosa de conocer los medios de los que se valen trescientos castellanos para vencer a un número superior de moros en su primera batalla campal y piensa que los oyentes sólo aceptarán más tarde la victoria de Rodrigo sobre inmensos ejércitos si ahora les convence de que están ante hombres con inteligencia y habilidades bélicas nada comunes.

El deseo de lograr su propósito le lleva a inventarse una inconcebible estratagema, cuyo núcleo lo constituye una carrera que, dada su gran dificultad, únicamente era practicada por beréberes, es decir, por aquellos que se consideraban los mejores jinetes.

El juglar comienza el relato advirtiéndole a la audiencia que el Cid ha planeado una *maña* (v. 575), pero no revela en qué va a consistir, para que el oyente siga con interés la narración, a la espera de que llegue el momento en que pueda adivinar su desenlace.

Rodrigo y sus hombres abandonan el campamento de manera precipitada, lo que hace suponer que han sido atacados, y toman el camino de Jalón, corriendo a todo galope y actuando como si intentasen huir de sus agresores, para que las gentes de Alcocer abran las puertas y se lancen en su persecución (vv. 576-79, 582-84). Los moros ansiosos de conseguir el botín salen tras ellos, aunque antes toman sus precauciones.

El Campeador, para llevar adelante su plan y obtener la victoria en la pelea final que tendrá lugar frente al castillo, necesita que no queden guerreros en la fortaleza. Consecuentemente improvisará una segunda treta que consiste en arremeter contra sus perseguidores y continuar su huida cuesta abajo, simulando que el miedo les impide coordinar sus movimientos (vv. 588-89). Los de Alcocer, engañados por el comportamiento de Rodrigo, empiezan a temer que su excesiva prudencia les haga perder una ganancia que parece segura, por lo que dejan de hacerse preguntas y salen viejos y jóvenes, olvidándose ahora de cerrar las puertas o de confiar a alguien su vigilancia (vv. 590-93).

El Campeador, una vez cumplido su primer objetivo, se aleja cuesta abajo con sus hombres y va tornando la cabeza con la finalidad de calcular en qué momento tiene espacio suficiente para adelantar a los moros y colocarse entre ellos y el castillo. Cuando ve que es posible, manda dar la vuelta a sus tropas mientras les grita para que se lancen tras los sarracenos (vv. 594-98). Los cristianos se convierten de perseguidos en perseguidores y, al llegar al llano consiguen alcanzarles, por lo que podrán intentar el siguiente paso, el más difícil (vv. 599-600).

Dos grupos de caballería ligera, dirigidos por el Cid y Alvar Fáñez, se colocan a ambos flancos de los árabes y vuelven a arrear a sus caballos para efectuar el adelantamiento, mientras el resto de las tropas *les golpea sin piedad* y, posiblemente, empieza a entremezclarse con ellos para no permitirles correr a su arbitrio (vv. 601-605). Los moros, comprendiendo que han caído en una trampa, dan grandes alaridos con el propósito de espantar a los vasallos del Cid que les atacan y obstaculizan sus movimientos, pero sus esfuerzos serán vanos y pronto se sentirán impotentes ante esos jinetes que les están rebasando (vv. 606-607 a).

Este es el momento más llamativo de la narración ya que la audiencia se imagina que el desenlace consiste en la entrada a la fortaleza, cuyas puertas están abiertas, pero el juglar va a cantar algo muy distinto que quedará grabado en la mente de los que le escuchan. Cuando los jinetes que han adelantado a los sarracenos llegan al castillo, frenan en seco y a la vez que sacan sus espadas, dan media vuelta de un salto y arremeten contra los moros que van en cabeza, sorprendiendo de esta forma a unos hombres que corren con sus sables enfundados y no pueden contestar a sus golpes. El avance de los cristianos que les persiguen y la presión de aquellos que cabalgan por los lados, permitirá su aniquilamiento con un número mínimo de pérdidas.

*por el castillo se tornavan,
las espadas desnudas, a la puerta se paravan.
Luego llegan los sos, ca fecha es el arrancada
Mio Cid gañó Alcoçer, sabet, por esta maña.* (CMC II, 607 b ss.).

El juglar, intencionadamente, no va a pararse a describir la pelea que tiene lugar frente a las puertas de la fortaleza, porque sabe que resulta muy fácil de imaginar y prefiere no distraer la atención de los oyentes sobre esa magnífica carrera que en árabe se llamó *haraka*²⁹ y fue definida en romance a través de su derivado *arrancada*³⁰. Todos van a

²⁹ Sobre la *haraka*, en su sentido de *carrera practicada por beréberes cuya meta es un muro o un objeto inmóvil, frente al cual los caballos paran en seco y dan media vuelta, mientras los jinetes sacan sus armas*, véase R. DOZY: *Supplément aux dictionnaires arabes*, 2 vols. Leiden, 1967, I, 276. La falta de pericia de los árabes para ejecutar esta *haraka* la destaca IBN HAYYĀN en su *Muqtabis III* (p. 135), autor que también gusta resaltar (cfr. E. GARCÍA GÓMEZ, «Al-Hakam y los beréberes» en *Al-Andalus*, XIII [1948], pp. 97-156) la admiración que sentían los árabes cuando contemplaban a los beréberes ejecutando este tipo de ejercicio ecuestre.

³⁰ En nuestra tesis doctoral, defendemos que *arrancar* y *arrancada* (antiguo *arancada*) proceden del árabe *harraka* / *haraka* y vamos mostrando cómo todos los significados de los vocablos romances han sido tomados de los mencionados étimos.

comprender que su ejecución cierra a los moros la última puerta de escape y permite a los cristianos formar una especie de abrazadera que se irá estrechando hasta que no quede ningún enemigo con vida.

El relato concluye con una serie de detalles que han pasado inadvertidos a los estudiosos del *Cantar* y sobre los que nos detendremos unos minutos. El Cid, conocedor de que la victoria no se consuma mientras quede alguien con vida, no entra inmediatamente en la fortaleza. Sólo uno de sus hombres, Pero Vermúdez, penetra para poner su seña en lo alto del castillo mientras él y el resto de las tropas recorren el terreno donde ha tenido lugar la batalla, con la intención de asegurarse de que todos *yacen muertos* y tomar sus armas y caballos. Tras contemplar la carnicería que han hecho y el valioso botín recogido, el Cid dirigirá la palabra a sus mesnadas para subrayar el significado de la riqueza conseguida y explicarles el porqué no deben descabezar a los heridos ni tampoco a los que hayan quedado en la ciudadela (vv. 611-20) y es, al final de su discurso, cuando dice *cojamos los de dentro* (v. 621), palabras reveladoras de que aún no han entrado en el castillo como se ha venido diciendo³¹.

BATALLA CONTRA FÁRIZ Y GALVE

La noticia de la toma de Alcocer pronto se extiende y provoca la inquietud de los moros de Teca, Teruel y Calatayud³², que empiezan a temer la pérdida de sus tierras (vv. 625, 632-34). Conscientes de que están ante un peligroso enemigo al que deben cortar las alas antes de que su poder aumente, Fáriz y Galve parten hacia Alcocer con sus tropas y sitian la fortaleza (vv. 654-57). El Cid, cuando han transcurrido tres semanas, comprende que su única salida es rendirse o entablar batalla

³¹ En nuestro artículo «Una nueva interpretación de la batalla de Alcocer», refutamos las interpretaciones ofrecidas por H. RAMSEN, R. MENÉNDEZ PIDAL, COLIN SMITH, HANSEN y UBIETO ARTETA, escritores todos ellos que consideran el relato *muy confuso* y los versos 606 y 607 difíciles de entender. Asimismo presentamos en columnas paralelas y junto a los versos del CMC, los textos de la *Primera Crónica General* y de la *Crónica de 20 Reyes* y mostramos la falta de conocimientos de técnicas de guerra, lo que lleva a los escritores alfonsíes a suprimir versos y a efectuar ridículas interpolaciones, como son los párrafos que intercalan para señalar que las tropas del Cid y de Alvar Fáñez entran en el castillo, mientras el resto de los hombres pelean fuera con los moros. En lo que atañe a los estudiosos del siglo XX, únicamente indicaremos que son mayoría los que creen que parte de las tropas del Cid se esconden en *la tienda abandonada* para salir más tarde.

³² Reproducimos los topónimos que aparecen en el *Cantar* a pesar de conocer por A. UBIETO ARTETA (*ob. cit.*, p. 92) que estamos ante un error del copista y que los dos primeros corresponden a Ateca y Terror.



Arqueia hispano-árabe (catedral de Pamplona)

y se reúne con sus hombres para planear una estrategia que permita a los seiscientos seguidores, que ahora tiene, vencer a un ejército formado por más de tres mil guerreros (vv. 665-70).

En esta segunda lid, que se celebra en campo abierto, los castellanos van a actuar de la misma forma que lo hacían los moros cuando se enfrentaban a un ejército cristiano preparado para luchar según el arte militar clásico, es decir, se dividen en tropeles o mesnadas y se arrojan desde lejos para romper las haces enemigas y entablar una violenta pelea en la que los diferentes grupos combinan sus movimientos. Si nos atenemos a la descripción del combate, podemos señalar que en ese plan que han fraguado, cuando echan a los moros para que no sepan *su poridad* (vv. 679-680) se ha decidido que la bandera de Rodrigo la lleve el capitán del pelotón que realice la primera espolonada, porque entonces, el grueso del ejército sarraceno se lanzará sobre él (pensando que si matan al caudillo pueden obtener una fácil victoria) y ello permitirá al Campeador proyectar los siguientes ataques ateniéndose a la reacción de los moros. He aquí un breve resumen de esta batalla:

El Campeador y sus tropas abandonan Alcocer dejando dos peones en la puerta para que la cierren en caso de derrota y no puedan apoderarse de la fortaleza, y entrega su bandera a Pero Vermúdez, pidiéndole que no aguije con ella hasta que él se lo mande (vv. 685-91).

Los moros, al verles salir, corren a tomar sus armas y forman dos grandes haces que empiezan a avanzar lentamente hacia el lugar donde se encuentran los castellanos (vv. 695-701). El Cid recuerda de nuevo a sus mesnadas que se queden quietas, pero no es escuchado por Pero Vermúdez que, no pudiendo soportar la espera, se lanza a toda velocidad sobre el haz mayor rompiéndola para pasar a medirse (él y los que le siguen) con todos los que intentan apoderarse de la bandera.

Cuando el Campeador comprueba que el contrincante tiene como punto de mira su enseña (v. 712), ordena al resto de las huestes que carguen conjuntamente contra los moros que se encuentran luchando con el primer grupo. Al oír la orden de su *Señor*, trescientos jinetes se arrojan sobre las filas enemigas y entran por ellas golpeando y derribando, para después atenerse al plan previsto, es decir, parte de las mesnadas se dedican a la lucha cuerpo a cuerpo mientras otras efectúan espolonadas para atravesar entre los musulmanes y después girar y atacarles por la espalda, maniobra, esta última, que provoca gran número de muertos porque estos sarracenos parecen desconocer la forma correcta de defenderse ante una *tornada* (vv. 715 y ss.)³³.

³³ Un claro ejemplo de moros que responden correctamente a una tornada lo tenemos en el relato donde se narra el enfrentamiento de Kultūm y un ejército de beréberes. Su sobrino

El juglar, consciente de que ambos adversarios están peleando ateniéndose a la técnica de su oponente, se preocupa de destacar todos los detalles que definen los dos tipos de lucha³⁴ y, sobre todo, de poner de relieve que los cristianos son expertos en lo que don Juan Manuel llama la *guerra guerreada*³⁵. Los castellanos se baten tan bravamente que en poco tiempo matan más de mil moros, gritan como ellos (v. 731), acuden en ayuda de los compañeros que se encuentran en apuros (v. 745) y, finalmente, cuando ven que a pesar de todo, los moros no se van del campo (v. 755), centran sus acometidas en los caudillos (vv. 760-69), conocedores de que si ellos huyen les seguirán sus hombres. Las heridas que reciben Fáriz y Galve les obligan a abandonar la lucha y provocan la desbandada general, permitiendo de esta forma a los castellanos, lanzarse tras ellos y deshacerse de gran número a lo largo del alcance (vv. 773-79). Cuando se da por concluida la persecución, los vencedores irán volviendo al campo de batalla (vv. 780, 787, 791) para recoger el botín (vv. 794-800) y repartirlo (vv. 804-09).

GRAN BATALLA CONTRA EL CONDE REMONT

Después de vencer la segunda lid campal, los castellanos deciden vender Alcocer y abandonar la región que ya han esquilado para buscar su fortuna en nuevas tierras. El juglar, conocedor de que no es posible medrar si se permanece siempre en el mismo lugar (v. 948) compone un alto número de versos (vv. 857-69, 900-15, 936-44, 949-55) para hacernos ver que también salen airosos al dar el siguiente paso en el difícil camino que se han marcado. Ahora, empiezan a recorrer diversas

Balý comandando un grupo de valientes jinetes atraviesa las filas enemigas y gira inmediatamente para acometerles por la espalda, pero una parte de las tropas beréberes da la vuelta al mismo tiempo, y se pone a pelear de cara con los que *han tornado* no permitiéndoles que vuelvan a reunirse con los hombres que luchan junto a Kultūm. Cfr. *Ajbār Maýmu'a*, 33-34.

³⁴ Así vemos, por ejemplo, que no se cansa de recordar que los moros forman *haces* (vv. 697, 699, 700, 707, 711, 722) y no utiliza este nombre cuando habla de las tropas de Rodrigo, sino el de *mesnadas* (vv. 746, 702); explicita que en las *haces* avanzan peones mientras que en ningún momento señala que haya cristianos preparados para pelear a pie; indica que en el botín hay caballos *moriscos* y *de los suyos*, frase reveladora de la presencia entre los moros de caballeros pertrechados a la *brida* y a la *jiqueta*; dice que Galve lleva *yelmo* (vv. 766-67), prenda propia de la técnica pesada y que el Cid sólo lleva *cofia* y *almofar* (789-90), etc.

³⁵ Sobre la expresión *guerra guerreada*, véase DON JUAN MANUEL, *ob. cit.*, p. 116, líns. 69, 81, p. 122,19 y p. 132,22.

zonas con la única finalidad de incrementar su hacienda y actúan siguiendo la misma técnica que los moros, es decir, se detienen por algún tiempo en lugares donde pueden defenderse bien y, desde ellos, efectúan algaras y exigen el pago de tributos a las poblaciones vecinas³⁶.

Sus andanzas llegan a oídos del conde de Barcelona (v. 957), que enseguida buscará una disculpa, la de que roban tierras bajo su protección (v. 964), para levantar un poderoso ejército y tratar de arrebatárles el rico botín que transportan.

Cuando el Cid se da cuenta de las intenciones de sus perseguidores y comprende que no podrá librarse de ellos sin mediar una batalla (v. 984), proyecta de nuevo una treta que permita desbaratarles en un primer choque y evitar que sean ellos los que les acometan cuando lleguen a un terreno llano, lugar donde la ventaja está del lado del más fuerte.

Fija su mirada en el ejército enemigo y enseguida diseña su plan. Los francos avanzan en cerrada formación³⁷, montan sillas *coçeras* cuyas cinchas aún no han sido apretadas³⁸, y visten ropas que les impiden moverse con soltura (v. 993), por lo que podrán ser derribados con facilidad si se les ataca de manera adecuada en la cuesta que han empezado a bajar. Sólo necesita elegir un centenar de hábiles jinetes (v. 995) que utilicen sillas gallegas y altas botas (v. 991)³⁹, para que las calzas no estorben sus movimientos, y cogérles desprevenidos. Esto es lo que hacen: se esconden en un pinar (v. 998-99) y antes de que los enemigos lleguen al llano se arrojan sobre ellos de improviso hiriéndoles y derribándoles (vv. 1002-07)⁴⁰.

³⁶ Sobre la ruta que sigue el Campeador tras abandonar Peñalcázar (=Alcocer) y los lugares fortificados donde se detiene para lanzar sus algaras y pedir parias a las poblaciones colindantes, ver la obra de A. UBIETO ARTETA, pp. 92-110.

³⁷ El verso 997 *por uno que firgades tres sillas irán vacias* es claramente revelador de que marchan como soldado de disciplina antigua, lo que significa que cualquier movimiento o perturbación produce un tremendo desorden. Sobre este tema véase ESTÉBANEZ CALDERÓN, apud Francisco Barado, Museo Militar, *Historia del Ejército español*, 3 vols., Barcelona, 1884, vol. I, «Historia de la infantería», 387-8.

³⁸ El hecho de que se señale que los francos llevan las cinchas flojas cuando están bajando la cuesta trae a nuestra mente las palabras de Vargas Machuca (*Libro de Ejercicios de la Gineta*, Madrid, 1619, p. 36): «*si la cincha se huuiese afloxado con poco que baxe la cabeza (el caballo) echará por ella silla y Caballero*».

³⁹ Sobre el término *huesa* «bota alta» dentro de la cual van a recoger aquí sus calzas, véase CMC II, 896.

⁴⁰ En este párrafo únicamente comentamos los detalles que nos resultan fáciles de interpretar, al no haber conseguido, de momento, descubrir qué tipo exacto de silla es la que el juglar llama *coçera* y *gallega* y no poder corroborar nuestras sospechas de que los francos cabalgan *a la brida* y los cristianos *a la jineta*. En los tratados que hemos examinado (Marqués de Torrecilla, *Índice de Bibliografía hípica hispano portuguesa*, Madrid; VARGAS MACHUCA, *ob. cit.*, eds. 1600 y 1619; Fernando CHACÓN, *Tratado de la cau-*

Un análisis detenido de la descripción que trae el juglar de lo que él llama *gran batalla* (v. 987), pone en evidencia que en este enfrentamiento, ha querido resaltar el ingenio de los castellanos al llevar a la práctica el mencionado ardid y dejar que la audiencia dé al combate el final que desee, tomando como punto de apoyo las muchas interrogantes que su exposición plantea. No es posible admitir que un ejército de moros y cristianos, que además se presenta como muy poderoso, se rinda sin haber sufrido bajas, aunque sean muchos los heridos y derribados⁴¹. Lo natural es pensar que una parte de las huestes emprendan la huida o intenten reorganizarse en el llano para continuar la pelea. Asimismo, cuando tenemos presentes que son cien los castellanos que participan en el ardid, no podemos por menos de preguntarnos cuál es el papel encomendado a los restantes que suman más de setecientos⁴² y que han recibido la orden de prepararse y tomar las armas (v. 986). Es lógico pensar que una parte tenga el encargo de proteger el rico botín (v. 985) y que los otros se encuentren esperando en el llano para pelear con aquellos que no han sido descabalgados y perseguir a los que vean huir, hecho que parece sugerir el juglar cuando más tarde dice *de todas partes los sos se ajuntaban* (v. 1015).

En resumen, creemos que el compositor intencionadamente sólo describe en este texto el comienzo de una batalla campal, y que ello es el motivo de que se preocupe de repetir el término *batalla* (vv. 984, 987, 989, 990, 1008, 1011, 1023) y de que incluso indique que *han ganado en campo* un gran botín (v. 1041).

Con este enfrentamiento concluye el llamado *Cantar del Destierro*, cuyos últimos versos recogen la alegría de las mesnadas del Cid por *la ganancia grande y maravillosa que han hecho* y que les ha convertido en hombres tan ricos que ya no saben ni lo que tienen (vv. 1084, 1086).

llería de la gineja, ed. facsímil, Madrid, 1950) no localizamos los mencionados nombres, y los datos que nos proporciona Menéndez Pidal no son suficientemente aclaratorios. Dicho autor nos dice (*CMC II*, 579-80) que el adjetivo *coçera* del CMC corresponde al aragonés *kursiera* que se aplicó en la Edad de Oro a guarniciones del caballo hechas con ricas telas y bordadas en oro y plata y que silla coçera «*debe ser una silla para correr los caballos en días de regocijo o una silla provista de guarniciones kursieras*». En lo que atañe a sillas gallegas únicamente indica (*Ibíd.*, 699) que según se desprende del testamento de un caballero, era diferente de la llamada «silla de armas».

⁴¹ Consideramos significativo que en esta batalla no hable en ningún momento de matar ni de muertos como sucede en las dos lides anteriores: (vv. 605, 618, 724, 725, 732, 779). No es concebible una batalla sin muertos, aunque puede no haberlos en un primer choque como éste, cuya finalidad es desorganizar las filas enemigas para poder iniciar la lucha cuerpo a cuerpo con ventaja.

⁴² Sabemos por el autor que a los seiscientos caballeros que tenía Rodrigo cuando se enfrenta a Fáriz y Galve, se han sumado doscientos jinetes castellanos y muchos peones (vv. 916-18).

CUARTA LID CAMPAL: LA DEFENSA DE MURVIEDRO

Cuando iniciamos la lectura del segundo Cantar lo hacemos convencidos de que las huestes del Cid son capaces de conseguir cualquier objetivo que se propongan y que, por tanto, están preparadas para convertir a su señor en el soberano de un reino. El juglar podría en este momento narrar la conquista de Valencia pero su profundo conocimiento del mundo de la guerra se lo impide. Sabe muy bien que nadie puede salir airoso del cerco de una gran ciudad si antes no toma las fortalezas vecinas y los principales caminos que a ella conducen y, consecuentemente, va a comenzar la *gesta del Cid* (v. 1085) o el relato de su hazaña más importante con una especie de preámbulo donde irá mostrando cómo estos castellanos preparan el terreno para lograr que se cumpla su última aspiración.

El autor, tras indicar que abandonan la zona de Teruel y avanzar hasta llegar al mar (vv. 1088-90), da los nombres de los sucesivos castillos y poblados que conquistan. Primero menciona aquellos que se encuentran al norte de Valencia, en la actual región de Castellón: Jerica, Onda, Almenara y Burriana (vv. 1092-93); después informa de la toma de Murviedro (v. 1095), fortaleza que se alzaba a veintinueve kilómetros de la capital y, antes de hablar de los enclaves situados al sur (v. 1160 y ss.), hace un alto para describir una cuarta batalla campal, quizá porque cree necesario poner de manifiesto la debilidad de esas gentes que entregarán a los cristianos la villa de Valencia.

Sabemos por el *Cantar* que la noticia de la caída de Murviedro inquieta y atemoriza a *los de Valencia*⁴³ que deciden sitiar dicho castillo en un desesperado esfuerzo de frenar a esos poderosos extranjeros que amenazan sus hogares (vv. 1097-1102).

El Cid comprendiendo que no levantarán sus tiendas hasta que no salga a combatirlos y que una aplastante victoria les servirá de escarmiento y favorecerá sus futuros planes, envía recado a los habitantes de las plazas recién conquistadas, para que se integren en su ejército (vv. 1006-1010), a la vez que reúne a sus hombres con el fin de discutir la estrategia que, naturalmente, será distinta de la utilizada cuando fue cercado en Alcocer. Ahora, Rodrigo y el grueso de las tropas inician la batalla con una carga sobre el campamento enemigo, similar a la que siglos antes ejecutó 'Abd al-Rahmān I cuando se encontraba cercado

⁴³ Creemos que el juglar da a la expresión *los de Valencia* el mismo valor significativo que dan los cronistas árabes a la frase *ahlu-l-Balansiya* «gente de Valencia», la cual se usa frente a *ahlu l-jadira* «gente de la capital» para designar tanto a los que viven en una villa como a los que habitan en pueblos cercanos.



El Cid Campeador en el cerco de Valencia

en la fortaleza de Carmona⁴⁴, mientras que un segundo grupo, comandado por Minaya y formado por cien jinetes tendrá la misión de efectuar más tarde un ataque por sorpresa que provoque la desbandada de los moros (vv. 1124-26, 1129-32).

Ateniéndose al plan previsto, el Campeador, con la mayor parte de sus huestes y actuando al igual que *gentes de tierras extrañas*, se lanza a todo galope sobre el real enemigo, arrojándose contra sus moradores y destruyendo todo cuanto encuentra a su paso (vv. 1137-42). Esta primera carga, tal y como esperaba, no es suficiente para provocar la derrota y huida de los sarracenos que pronto se rehacen y recobran el terreno perdido (v. 1143). Se entabla la pelea cuerpo a cuerpo y cuando el combate semeja estar igualado y los moros se sienten seguros de que frente a ellos están todos los hombres del Cid batiéndose a la desesperada (v. 1131), va a entrar en juego el grupo de Alvar Fáñez que coge por sorpresa a los moros y les obliga a optar por la huida (vv. 1144-45). Las huestes cristianas les persiguen hasta las mismas puertas de la capital y, después, conscientes de que muchos poblados han quedado vacíos y de que nadie se atreverá a plantarles cara, toman, en su camino de vuelta, Cebolla (v. 1150) y las siguientes villas, a la vez que se dedican a saquear las tierras por donde pasan (vv. 1151-52) y a matar a los fugitivos que encuentran diseminados, por lo que llegará a Murviedro con un enorme botín⁴⁵.

LA TOMA DE VALENCIA

Las huestes del Cid, después de vencer en Murviedro, van a centrar sus esfuerzos en saquear a las gentes de las zonas colindantes y en arrasar cosechas y árboles (vv. 1159, 1167-68, 1172) para empobrecerles, a la vez que se apoderarán de las villas de acceso a la capital. El juglar, que conoce perfectamente la geografía de la región, cita ahora la toma de Játiva y Cullera (v. 1160) y la de la gran ciudad situada *más ayuso*, Denia (v. 1161) y no olvida subrayar *que ganaron Peña Cadiella* (vv. 1163-64), picacho desde cuya cumbre se dominan los montes vecinos y las llanuras que se extienden hasta la misma capital y que es el punto de donde parten los dos caminos que conducen a Valencia a través de Játiva y Cullera.

⁴⁴ Cfr. nota 10, versión de Ibn al-Qūtiyya.

⁴⁵ Menéndez Pidal, en su edición crítica, altera el orden de los versos por considerar que la conquista de Cebolla (situada a 9 kilómetros de la capital), tiene lugar después de volver a Murviedro. Nosotros pensamos que es más lógico seguir el orden del texto primitivo.

A lo largo de lo que podemos llamar la primera fase del cerco, que, según el compositor, dura tres años (v. 1169), logran un triple objetivo. Por un lado cortan las salidas y entradas⁴⁶ impidiendo que sus habitantes huyan o reciban ayudas del exterior (v. 1005); por otro, su campaña sistemática de robo y destrucción deja a los pobladores sin alimentos, obligándoles a consumir las provisiones que tuvieran almacenadas; y, finalmente, ese alarde de fuerza que hacen con sus algaras y conquistas traerá como resultado el que ni los de dentro ni los de fuera osen enfrentarse a él (vv. 1171, 1183).

Cuando el Campeador juzga que es el momento oportuno, va a iniciar la segunda fase, el bloqueo propiamente dicho. Abandona Murviedro una noche y amanece en Mont Real, desde donde envía pregoneros a todas partes, incluso a Castilla, con la misión de hacer público su propósito de conquistar Valencia e invitar a las gentes a que se unan a él. La fama que a estas alturas ha alcanzado y el conocimiento de que nada va a impedir a sus tropas tomar la capital, dada la situación de los valencianos, hará que sus fuerzas aumenten de manera considerable, premisa imprescindible si desea más tarde mantenerse en el trono.

Una vez congregados los nuevos y viejos adeptos, plantan sus tiendas frente a Valencia y comienza el bloqueo definitivo que, según el autor, dura nueve meses, a lo largo de los cuales los sitiados no hacen nada por defenderse, al sentirse impotentes e incapaces de proyectar argucias. Por fin, al llegar al décimo mes, entregan la ciudad y el Cid atraviesa sus puertas victorioso y coloca su bandera sobre el alcázar.

El héroe del Cantar se ha convertido en soberano de un reino y tiene en sus manos el instrumento que le permite conservarlo, un poderoso ejército capaz de repeler cualquier ataque que venga del exterior y, lo que es más importante, suficiente para ahogar posibles levantamientos por parte de sus nuevos súbditos.

LA QUINTA BATALLA CAMPAL CONTRA EL REY DE SEVILLA

La descripción de la primera lid que se celebra tras la conquista de Valencia (y la quinta antes del verso 1333), hemos de calificarla de

⁴⁶ La preocupación de Rodrigo por evitar las *salidas* resulta natural, y es un hecho histórico que señala IBN ALQAMA en su *Historia de Valencia*, (cfr. E. Lévi-Provençal, «La Toma de Valencia por el Cid», en *Al-Andalus*, XIII, [1954], p. 113) donde dice que a lo largo del sitio «*el Cid mandaba buscar a los fugitivos y reducía a la esclavitud a las familias de todos aquellos que intentaban abandonar la capital o sus pueblos y que por ello nadie se atrevía a moverse ni soñaba con emigrar*». Al conquistador de una ciudad le interesa la permanencia de las gentes que se dedican a los diversos oficios si desea que una vez tomada vuelva a florecer la vida económica y cultural.

breve, lógica e incompleta (vv. 1225-31). Nada dice su autor de cómo se entabla el combate o de las particularidades de la lucha cuerpo a cuerpo y, al escuchar al juglar, parece que su único interés reside en señalar que las tropas del Cid han vencido a treinta mil hombres y les han perseguido, consiguiendo que la mayor parte de los fugitivos caigan al río y se ahoguen.

Al intentar descubrir el motivo de este cambio de estilo y el por qué se limita a informar de una serie de hechos, cuando sabemos que sus conocimientos de guerra le capacitan para seguir inventando batallas sin verse precisado a repetir detalles ya señalados, sólo encontramos una respuesta: La conquista de Valencia es el epílogo de una serie de narraciones compuestas para probar el valor y audacia de los seguidores del Cid y su capacidad para acometer empresas cada vez más ambiciosas, y cuando vuelva sobre el tema bélico lo hará con otras intenciones. En esta quinta lid se contenta con exponer, de manera escueta, parte de las acciones que tienen lugar, porque su único deseo es destacar que el nuevo soberano derrota fácilmente a un ejército de grandes dimensiones, y sugerir que nadie va a arrebarle el trono. En las dos siguientes, de mayor extensión, continuará subrayando habilidades guerreras, pero lo hará, como veremos, para alcanzar otros objetivos.

LAS DOS ÚLTIMAS BATALLAS CAMPALES CONTRA YUSUF Y BUCAR

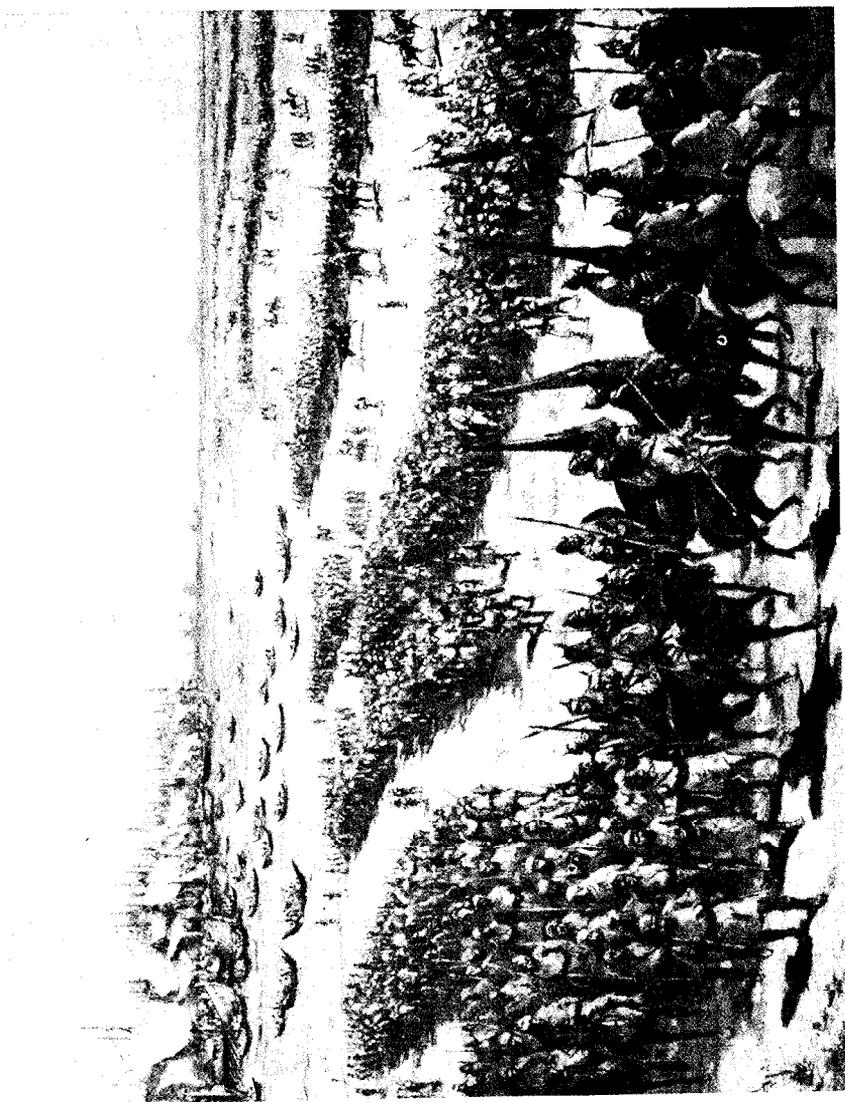
El análisis de las dos últimas lides y del contexto donde aparecen pone de manifiesto que los intereses del juglar han tomado un nuevo rumbo. A partir de la conquista de Valencia, su principal aspiración es resaltar la personalidad humana del héroe y sus virtudes sociales y lo hará de forma paulatina. Primero, en el llamado *Cantar de las Bodas*, donde narra la batalla contra Yusuf, se preocupa de describir las actividades y comportamientos de Rodrigo como soberano de un reino, y de subrayar sus cualidades como padre y esposo. Más tarde, en el *Cantar de la Afrenta de Corpes*, en el que inserta la lid contra Búcar, va a mostrar que el Cid y los suyos encarnan lo mejor de esas dos civilizaciones con las que se encuentran en contacto y lo hará utilizando un recurso que en la literatura árabe era muy común: la creación de la figura del traidor, o de *los malos*, que permite comparar al grupo del héroe con el de otros hombres, en este caso de la misma raza, cuyas acciones y comportamientos se presentan como dignos de desprecio.

Si nos centramos en LA SEXTA BATALLA CAMPAL, vemos que la llegada de Jimena y sus hijas, y la existencia de un nuevo escenario,

le lleva a aprovechar este relato para componer cuadros dramáticos que en las anteriores circunstancias no tenían cabida. En los versos consagrados a la mencionada lid, nos hace ver la alegría del Campeador por pelear, al igual que otros paladines del Islam, en presencia de su mujer e hijas (vv. 1641, 1643, 1655); resalta el temor y la admiración de las últimas por ese hombre que arriesga su vida para que ellas tengan asegurado su futuro (v. 1660 y ss.); muestra a Rodrigo confortando a Jimena y haciéndola comprender que cuantos más enemigos haya, mayor será la ganancia (vv. 1647-48); describe a las mujeres de su familia hincadas de hinojos ante el Señor de Valencia cuando entra victorioso en la capital (vv. 1758-60), y al mencionar el botín, lo relacionará con el casamiento de *las dueñas* (vv. 1764-66, 1802), el ajuar de las hijas (v. 1650) o el bienestar de sus hombres. Asimismo, la creación de una sede episcopal le lleva a hablar de la celebración de la misa antes de la lid (v. 1702), a repetir las palabras del obispo prometiendo el cielo a los que mueran *dando la cara* (vv. 1704-05) y a señalar que viste las armas y se comporta valerosamente en la pelea (vv. 1793-96).

La inserción en la batalla contra Yusuf de un alto número de escenas que reflejan la situación vivida por el Cid y los suyos tras la conquista de Valencia, hace que nos encontremos con un tipo de descripción muy distinto del que corresponde a las anteriores batallas. Lo primero que llama la atención es que dentro de los ciento sesenta y siete versos que compone, desde que informa del inicio del cerco hasta que concluye con el reparto del botín (vv. 1630-1798), no llegan a treinta (vv. 1695-98, 1711-36) los dedicados a narrar las características del combate. De la misma forma, ese ir y venir sobre pormenores que ahora le interesan, hace que la parte bélica ocupe un lugar muy secundario y quede difuminada. Otra particularidad es la falta de interés por cuidar todos esos detalles que ayudan a entender la estrategia seguida o que hacen que la victoria suene verosímil. En esta ocasión omite importantes datos y se dispara al dar las cifras que corresponden a ambos ejércitos. Aquí le oímos afirmar que cuatro mil cien cristianos derrotan a cincuenta mil moros (v. 1626) de los cuales no escapan con vida más de ciento cuatro (v. 1735) y que los cristianos se dividen en dos grupos y atacan simultáneamente por dos lados (vv. 1695-97, 1717-20), pero nada dice de la táctica que utilizan.

Si nos basamos en la forma de combatir de los árabes e intentamos rellenar las lagunas que deja, podemos ofrecer el siguiente resumen: Ateniéndose al plan diseñado por Minaya (v. 1693), las huestes del Campeador se dividen en dos grupos. El primero, el de Rodrigo, formado por tres mil novecientos setenta hombres sale de Valencia (v. 1717) y se planta frente al ejército musulmán a la espera de que se inicie el



Llegada de los almorávides

combate. El segundo de ciento treinta jinetes, comandado por Minaya (v. 1695), permanece oculto para poder así sorprender a unos moros que creen tener ante sus ojos a todos los enemigos, siendo lógico pensar que estos últimos han abandonado la ciudad con antelación o se han separado sigilosamente del grueso de las tropas. En el momento en que Rodrigo se lanza sobre los moros de frente, los de Alvar Fáñez lo hacen por la espalda o de costado, provocando la confusión en sus filas. Se entabla la pelea y el Cid ataca con violencia a Yusuf que, tras recibir tres fuertes golpes, sale huyendo en un intento de librarse de su espada. Al constatar que los moros siguen el ejemplo de su caudillo, se inicia la persecución, que narra de manera muy breve, al igual que sucede con la vuelta al campo y el robo del botín, aunque no olvida señalar la alegría de sus mesnadas por la cantidad de riqueza que recogen (vv. 1799-1800).

LA SÉPTIMA Y ÚLTIMA BATALLA, LA DE BUCAR coincide con la anterior en la forma pero no en el contenido. De nuevo las interpolaciones ocupan la mayor parte del relato⁴⁷, pero ahora el juglar no se detiene a contrastar los comportamientos de lo que él llama *sus vasallos* (vv. 2340, 2458, 2473, 2505, 2532) y el *bando* de los Banu Gómez (vv. 3113, 3136, 3161-62, 3577). En este tercer Cantar, su principal objetivo es resaltar que los infantes de Carrión son cobardes, falsos, ambiciosos y fanfarrones y defienden, al igual que sus antepasados, la nobleza heredada como la única existente y que, frente a ellos, los hombres del Cid son valientes, generosos y moderados, y comparten con los árabes la idea de que el honor y la riqueza han de adquirirse con sudor y sufrimientos. Consecuentemente el autor va a servirse de la descripción de esta batalla para poner de manifiesto los muchos defectos de los infantes, de modo que más tarde resulte comprensible esa terrible afrenta que perpetran contra las hijas del Cid y que será la que marque el punto culminante del tercer Cantar, al mostrar de manera indiscutible la ruindad e infamia de unos nobles castellanos, y la grandeza de ánimo del héroe que, como tal, ha de saber soportar con entereza las más difíciles pruebas y vengar los ultrajes.

El propósito de desprestigiar a los Infantes y de hacerlo comparándoles con *los buenos* explica el que en esta última lid campal, dedique muchos versos a llamar la atención sobre todos esos pormenores que ahora le interesan y a contrastar comportamientos, de los que podemos dar algunos ejemplos: la contemplación de las cincuenta mil tiendas

⁴⁷ Dentro de los doscientos veintidós versos que contabilizamos, desde que narra el sitio de la ciudad por parte de Búcar hasta que deja de aludir a hechos sucedidos en la batalla, (2312-2534) no suman más de setenta los que se refieren al combate en sí (2312-13, 2345, 2358-59, 2364-65, 2374, 2381, 2383-2430, 2449-55, 2532-33).

produce alegría al Cid y a sus varones, y consternación a los Infantes, al pensar los primeros en la ganancia y los segundos en que pueden morir (vv. 2315-22, 2327, 2348-49). Minaya, que ha peleado con valor y ha participado en el alcance sufriendo heridas, dice humildemente que el Cid ha puesto en fuga a Búcar y ha provocado la desbandada (v. 2458), mientras que los Infantes, a los que nadie a visto pelear ni tomar parte en la persecución (v. 2532-34), se vanaglorian de haber matado a Búcar y de vencer a los moros (vv. 2522-23, 2530). El botín obtenido representa para el Cid la adquisición del poder necesario para atacar y someter a Marruecos (vv. 2494-95, 2499-2504). Para los Banu Gómez el botín tiene dos significados, ambos negativos. Por un lado les da la posibilidad de marcharse a sus tierras para vivir el resto de su vida en la abundancia (vv. 2468-70, 2540-42, 2552), por otro, concedores de que ya no necesitan del Campeador, les mueve a escarnecer a sus hijas y a vengarse de unos hombres que saben les tienen por cobardes (vv. 2546-48, 2551, 2555-56). Interés tienen también esos versos que hablan de cómo el amor hacia el Cid lleva a sus hombres a tapar la cobardía de los Infantes (vv. 2460-61) y a no desmentir las palabras de su Señor cuando confiesa su felicidad por creer que sus yernos se han comportado como valientes (vv. 2440-44, 2462-63, 2478-79, 2481, 2515-17), y la frase que estos últimos pronuncian pensando que se burlan de ellos (v. 2464), al ser personas incapaces de anteponer a sus propios intereses los de otros.

Esta batalla se distingue de la anterior porque al servirse de ella para contrastar los comportamientos bélicos de los dos grupos, cuida mucho los detalles y hace una amplia descripción de sus diferentes fases y de las distintas maniobras que en ella se realizan. He aquí un resumen de la lid cuyo planteamiento se debe a Pero Vermúdez, quien en este caso adivina el pensamiento del Cid:

Las tropas del Campeador y de los moros están divididas en dos grupos y la batalla se inicia con una pelea en campo abierto en la que no participan los caudillos y los conjuntos que ellos comandan: Rodrigo se encuentra vigilando a los que luchan junto a Pero Vermúdez y al obispo don Jerónimo, y Búcar permanece en el campamento velando por sus posesiones. Cuando los guerreros que han comenzado la lid están intercambiando golpes, el Campeador y los suyos ejecutan una inesperada carga que obliga a los moros a huir y permite a los cristianos lanzarse en su persecución. En este primer alcance, Rodrigo y todos sus hombres se entremezclan con los fugitivos y penetran en su real destruyendo y golpeando. Los moros que se hallan en el campamento no pueden evitar la agresión al encontrarse con la avalancha de sus hermanos y perseguidores y tienen que optar por la huida. La segunda y definitiva espan-

tada es seguida de un largo alcance en el cual se mata a Búcar y se aniquila a sus tropas.

En términos generales, podemos señalar que el núcleo de esta última lid lo constituyen dos cargas de caballería, similares a las que contemplamos en Murviedro, pero que se suceden en orden inverso, ya que la primera es sobre guerreros que están peleando y la segunda es una entrada violenta en el campamento, que en Murviedro fue repetida pero no aquí, al no poder los moros contraatacar a unos hombres que corren junto a los suyos.

CONCLUSIONES

Como resumen de este trabajo llamaremos la atención sobre aquellos puntos que consideramos tienen un mayor interés.

Creemos poder afirmar que el estudio de las batallas del *Cantar del Mio Cid* desde la perspectiva del mundo del Islam, permite captar una nueva visión y extraer las siguientes conclusiones:

a) Son cinco y no cuatro las batallas campales que se recitan antes del verso 1333, lo que significa que su autor no se ha confundido en el número, como se ha venido repitiendo. A nuestro entender, el error reside en que los estudiosos del Poema se han fijado únicamente en la mención de los nombres *lid* o *batalla* y no en algo que consideramos mucho más importante: el tipo de enfrentamiento que se describe. Si todos los comentaristas están de acuerdo en que el combate contra el conde Remond debe contabilizarse como una batalla, aunque no se hable de una auténtica pelea en campo ni se mencione la existencia de muertos, creemos que con más razón ha de aplicarse dicho nombre a la *Toma de Alcocer*, donde se dice que los cristianos matan primero a trescientos moros y luego aniquilan al resto y en la que se consigue un preciado botín.

b) Los relatos bélicos del *Cantar* no son fiel reflejo de hechos históricos, sino composiciones literarias escritas para ensalzar al Campeador. La misión de los primeros es resaltar la valentía y habilidades guerreras del Cid y de sus hombres así como su capacidad para conquistar un reino. Los que siguen a la toma de Valencia sirven para subrayar la condición humana del héroe.

c) La España del Cid y de su cantor en nada se parece a la España del Imperio o del siglo xx y ello explica la existencia de graves dificult-

tades cuando se analiza el *Cantar* con la mirada fija en el pasado romano o en el momento actual. El examen de las interpretaciones que hasta ahora se han venido dando de la toma de Castejón y de Alcocer pone de manifiesto que si bien en las fuentes latinas es posible encontrar alguna estratagema similar a otra localizada en el *Cantar*, no son ellas las que permiten captar el espíritu que impregna nuestro primer poema épico. Esas mañas de guerra que aparecen en textos clásicos están reflejando los métodos de lucha de los conjuntos clásicos que habitaban en las tierras conquistadas y cuando, de manera temporal, los romanos adoptaban modos de pelear que no formaban parte de su tradición, lo hacían como medio de vencer a unos hombres que se comportaban igual que los árabes y beréberes del siglo XI.

d) La lectura del *Cantar*, desde la perspectiva de las fuentes árabes nos hace ver que el Cid y sus hombres pelean como moros y no como cristianos, que piensan y actúan con frecuencia de la misma forma que se hace en el mundo tribal y que defienden valores morales y sociales que los árabes estiman. Ellos no combaten por su rey o por su patria sino en su propio beneficio; consideran que la nobleza y el poder se adquieren en la guerra, arrebatando a otros sus propiedades y cosechando méritos; toman las decisiones de manera democrática; admiten en su grupo a todos cuantos quieran integrarse, conscientes de que la valía de su Cid *jefe de tribu*, y el poder de su *clan* está en función de su crecimiento, y sienten en su carne las ofensas recibidas por un compañero a la vez que ejecutan en su nombre la venganza.

e) También tiene importancia capital el hecho de que el Campeador pueda ser concebido como héroe dentro del mundo árabe y no del visigodo. En Rodrigo encontramos las cuatro virtudes que se dice adornan al perfecto beduino (generosidad, coraje, inteligencia y mesura) y la particularidad de ser un hombre de profundos contrastes: el Cid, al igual que otros muchos jefes de tribu, es prudente e intrépido, es generoso, pero se vanagloria de no devolver a los judíos el dinero prestado, es franco y leal con sus hombres y un maestro en el fingimiento cuando quiere engañar al enemigo; es un ser excepcional y a la vez profundamente humano, y es un guerrero que está dispuesto a dar la vida por unos ideales que son claramente materialistas. Asimismo no podemos considerar casual que exhiba comportamientos no atribuidos a los paladines de las gestas francesas o germanas, por ser considerados vituperables en Occidente, como es el hecho de vencer a sus adversarios empleando malas artes, o el reflejar un extraordinario interés por el botín.

f) Un último punto que conviene resaltar concierne al compositor del *Cantar* y a su sabiduría bélica que ha de calificarse de nada común. Es sorprendente constatar que domina las tácticas guerreras del mundo

del Islam y que incluso conoce las características de una carrera, la *haraka* (arrancada) de la que no hemos encontrado mención alguna en textos escritos en la España cristiana, hecho, este último, que tiene para nosotros una gran importancia ya que puede ser clave para descifrar la autoría del *Cantar*. No tenemos más que hacer un estudio comparativo de las versiones que se dan en la *Primera Crónica General* y en la *Crónica de 20 Reyes*, de la Toma de Alcocer, para darnos cuenta de que los escritores de la escuelas alfonsíes no consiguieron entender las palabras del juglar cuando habla de la estrategia empleada por Rodrigo. Las torpes y burdas interpolaciones que efectúan y los graves errores que cometen, al describir ésta y otras muchas batallas al estilo moro, nos hacen preguntarnos sobre la personalidad de un hombre que, cuando habla de guerra, no es entendido por los castellanos.

En resumen, el *Cantar* se escribe en una España que es fruto de dos culturas y donde el héroe va a representar todo aquello que, formando parte de la tradición de moros y cristianos, es admirado por el pueblo. Si es cierto que algunos aspectos del *Cantar* sólo pueden ser entendidos cuando volvemos los ojos al pasado visigodo, también lo es que una parte importante está reflejando actuaciones y modos de pensar y de sentir característicos del mundo del Islam, que juzgamos, han de ser descubiertos en el estudio de fuentes andalusíes.

